



Ramón Xirau

DEL PENSAMIENTO DE AMADO NERVO

(tema y variaciones)

I

La obra de Amado Nervo, escrita al hilo de una vida sensible y varia, se presenta ante todo como un disparadero, como totalidad fluida, a veces dispersa, muchas veces reiterada, siempre móvil. Poeta que evoluciona de un romanticismo modernista, visual y sonoro, a una poesía desnuda, abstracta, conceptual, voluntariamente prosaica y narrativa, exenta de "procedimientos"; es también Nervo cronista y comentarista de la primera guerra mundial, escritor de apetencias carnales y místicas —mágico, ligero, obsesionado por la muerte (y por la inmortalidad)— escritor que duda del valor de la escritura, amigo de astronomías y astrologías, científico y anticientífico, positivista y bergsonian, panteísta y budista (o pseudo budista), autor de cuentos que anuncian la ciencia ficción.¹ La sustancia de que está tejida la obra de Amado Nervo parece inabismable. Y esto no sólo por la variedad de géneros que cultiva sino, muy primordialmente, por cierta vaguedad e indefinición características del hombre y la obra. La misma variabilidad en su pensamiento (pensamiento anclado en el sentir más que en la reflexión metódica). ¿Puede encontrarse el *tema* del que subraya y sustenta a tantas y tan diversas variaciones? Las páginas que siguen intentan una respuesta, a veces aproximada, a esta pregunta.

II

Alfonso Reyes, con lucidez, observaba que Nervo fue un "hombre múltiple". En *Tránsito de Amado Nervo*, Reyes precisó y dibujó algunos de los rostros, algunos aspectos de esta multiplicidad en las últimas obras de Nervo. Este "último" Nervo cultivaba, según Reyes, una "estética de la sinceridad" ("por cualquier página que lo abro, el libro me descubre al hombre"), cierta forma de arte escueto y exento de adornos; una poesía en la cual dominaba progresivamente la prosa; "un humorismo que se queda en el tono medio de la conversación"; un estoicismo fuertemente ligado a la religiosidad; un amor apasionado y a veces gritado. Concluía Alfonso Reyes: "En otros el arte disfraza. En él, desnuda".²

El análisis de Reyes es preciso; puede acaso precisarse más si se tienen en cuenta tres constantes de la vida y la obra de Nervo: su relación con el modernismo y con el positivismo; su búsqueda de aquello que Rubén Darío —y ya los simbolistas— llamaban el Ideal; sus tendencias orientalistas y cuasiherméticas de los últimos años;³ su pensamiento intuitivo y emotivo. En otras palabras: el pensamiento de Amado Nervo, ligado a su momento histórico, ha de conducirnos a su concepto (y sentimiento) fundamental: la búsqueda de un Ideal absoluto.

III

Los críticos han señalado a veces la relación entre el Positivismo y el Modernismo. No es seguro que se haya visto esta relación con la claridad que exige. Manuel Durán piensa que el positivismo y el modernismo fueron "hermanos enemigos" y escribe: "El burgués positivista tiene hambre de dividendos, el poeta modernista tiene hambre de absoluto" (*Genio y figura de Amado Nervo*). La frase de Durán es certera en cuanto se refiere al positivismo *burgués*; debe precisarse —ciertamente existe esta hermandad enemiga— si nos referimos al positivismo como forma del pensamiento y de la filosofía. El punto es importante y merece una breve referencia histórica.

El el siglo XIX francés coexisten el positivismo, la poesía de Baudelaire y los poetas simbolistas. Tal coexistencia da la impresión de una suerte de desgarramiento histórico, una suerte de contradicción en la carne misma de la historia. Hay, en efecto, diferencias muy hondas entre el pensamiento de Comte o Taine y el arte de Baudelaire, Verlaine, Rimbaud. De hecho, el positivismo comtiano parece oponerse radicalmente a la intención intimista, religiosa, deseosa de absolutos, nostálgica de "vida anterior", que convierte al poema en un ser absoluto. Pero, a pesar de semejantes diferencias, existe entre el simbolismo francés y el positivismo por



lo menos una semejanza, semejanza que resulta muy clara si comparamos también a los poetas simbolistas con los pensadores utópicos (Proudhon, Saint-Simon, Fourier) inmediatamente pretéritos. La semejanza es ésta: por más que Comte nos diga que la humanidad se ha liberado ya de su prehistoria (estados teológico y metafísico), por más que afirme que la humanidad, o por lo menos la humanidad europea del siglo XIX, está entrando en la etapa positiva, Comte, negador de absolutos, busca también, en la historia futura un nuevo absoluto: la religión de la humanidad a cuyo servicio escribió Comte un nuevo catecismo. La especie humana es adorable y es autoadoradora porque ha sido divinizada.

Las vías son distintas; la finalidad es similar: Comte o los simbolistas intentan buscar un absoluto en el corazón de lo relativo. Naturalmente, el absoluto de Comte se pretende científico; el absoluto que buscan los poetas pretende ser sensible, verbal, lírico y religioso. En ambos casos asistimos a la tentativa de fundar una nueva religiosidad. Así, el poeta modernista y el filósofo positivista se dirigen a nuevas divinidades terrestres o imaginativas aun cuando no fueran estas divinidades las que tratara de buscar el positivista burgués.

No es sorprendente que en la obra de Amado Nervo coincidan cierto cientifismo y el anhelo por encontrar el Ideal, de la misma manera que no sorprende que coincidan cientifismo y tentativa de arte exacto y puro en Flaubert o en Sully-Prudhomme.

Pero si queremos llegar a la entraña del pensamiento vital, sensible y poético de Amado Nervo, es necesario precisar esta palabra que es sujeto y objeto de todas sus búsquedas: la palabra "Ideal". En su definición del modernismo Amado Nervo se aproxima mucho a definir este Ideal único, mayúsculo y multifacético. Escribe en 1918: "...por lo que a mí respecta, creo que ni hay ni ha habido nunca más de dos tendencias literarias: la de un 'ver hacia afuera' y la de un 'ver hacia adentro' " (*El modernismo*). En este sentido, más que de modernismo, había que hablar de literatura de la interioridad —la que quiere practicar Amado Nervo— y literatura de la exterioridad. La literatura íntima e intimista no renuncia a lo que solemos llamar el mundo exterior. Trata de espiritualizarlo y "ausculta" "los latidos íntimos del universo" (*El modernismo*). Para alcanzar esta realidad interior —interior a la persona pero también interioridad del mundo— el poeta moderno, que vive en épocas científicas, ha "necesitado nuevas palabras" (*El modernismo*). Palabras que no son, sin embargo, definitivas: "los nervios y los sentidos de nuestros hijos, dirán y cantarán cosas junto a las cuales nuestros pobres 'modernismos' de ahora resultarán ingenua senectud" (*El modernismo*).

En resumidas cuentas: el escritor verdadero, auténtico y "sincero", anda en busca de los "jardines interiores" y entiende a los hombres y al mundo a partir de estos "latidos íntimos" que residen en mundo y hombre.



El ideal estético de Amado Nervo consiste, precisamente, en buscar la realidad espiritual repetidamente llamada el Ideal. Y este Ideal, —"toda verdad, escribía Nervo, es como el centro de un círculo y hay, para llegar a ella, tantos caminos como radios"— es alcanzable por múltiples vías reductibles, en la obra de Amado Nervo, a tres: la vía del universo; la vía de la poesía; el camino de la religiosidad.

IV

Sería inexacto hablar de una cosmología en la obra de Nervo; no lo es del todo hablar de una "visión del mundo" si damos a la palabra "visión" su significado originario de *videncia*.

Sin duda esta visión está influida por una profunda educación católica, por lecturas científicas o paracientíficas, por el romanticismo, por Schopenhauer, Maragall y Unamuno, por Maeterlinck y H. G. Wells. Es sabido que Nervo escribió sobre la posibilidad de vida en la luna, se preocupó por la posibilidad de la existencia de la vida en otros astros y, muy científicamente, previó el lanzamiento de artefactos lunares impulsados por nuevos combustibles. Nada tiene todo esto de particular si recordamos los viajes imaginarios de Julio Verne y más aún si recordamos aquel lanzamiento que Verne previó tan cercano, en la geografía de la Florida, a lo que hoy es Cabo Cañaveral.

Pero cuando Nervo cavila acerca del universo, no sólo se contenta con los datos científicos que ya podían proporcionarle ciencia y técnica de su tiempo; de hecho, la ciencia le sirve como de trampolín para soñar el mundo y para soñarlo por dentro y desde dentro; para soñar el mundo espiritual.

Estamos en los años de la primera gran guerra. Hacia la guerra oscila Nervo con sentimientos ambiguos. Pacifista, quiere que el poeta renuncie a cantar himnos bélicos; pero por pacifista que sea, siente que la guerra aproxima y unanimita a los hombres y siente, sobre todo, que los hombres —como aquel noble francés que regresa del frente y no sabe cómo vivir en la lujosa mansión familiar— querrán, después de la guerra, regresar a una vida sencilla, a la esencia misma del vivir.

Nervo imaginaba un hombre “nuevo”. El hombre nuevo —el hombre Ideal— es el hombre de una vida cercana a la naturaleza y al espíritu.

Ya en años anteriores, Nervo había querido soñar en la unidad de todos los hombres y, más profundamente, en la relación necesaria —las “correspondencias”, hubiera dicho Baudelaire de todos los seres de este mundo. Nervo, aficionado a la astronomía, poeta y utopista, escribía en 1904: “¡Qué hermosa solidaridad reinará en la República ultra-marciana... qué maravilloso concierto de señales, a las cuales, algo análogo a las hondas herzianas, llevará el pensamiento de uno a otro mundo” (*La literatura lunar*). En

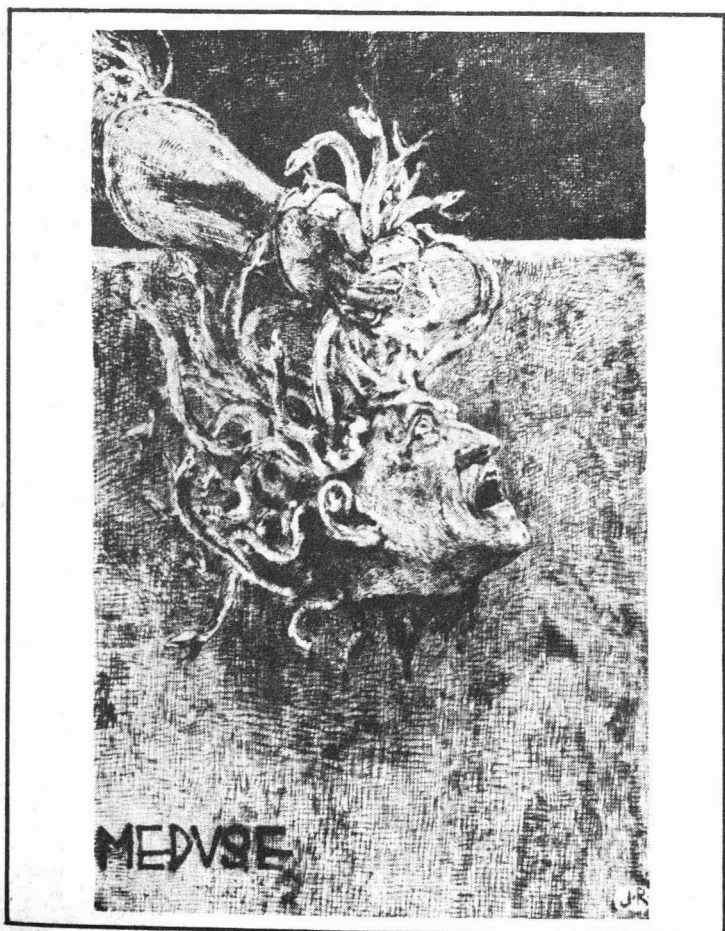
1915 Nervo está seguro de la presencia de la vida en otros mundos. Piensa entonces que existe una “Gran Conciencia” del mundo y escribe: “La conciencia individual no es más que el destello de la ‘Gran Conciencia’ misteriosa y enorme”. Unidos por una suerte de alma del mundo de estirpe platónica, estoica, neoplatónica, gnóstica y hermética, Nervo espera con verdadera esperanza que el hombre futuro sea un hombre esencialmente, cordialmente, amoroso. Y así dice: “¡Cómo no amarnos pues los unos a los otros!... No, ya ninguna patria está sola; ya todas las tierras son nuestra patria” (*Ante la catástrofe*, 1914). Unidos en la Gran Conciencia, unidos también en la historia futura, los hombres siguen el ritmo espiritual del mundo. De hecho, Nervo cree o piensa que el universo entero es universo en movimiento hacia el espíritu. Por esto piensa también que la naturaleza demuestra siempre una ávida “nostalgia de Dios” y, en términos evolutivos: “El mineral ansía ser planta, la planta ansía ser bestia, la bestia ansía ser hombre, el hombre ansía ser Dios” (*Pensando*).

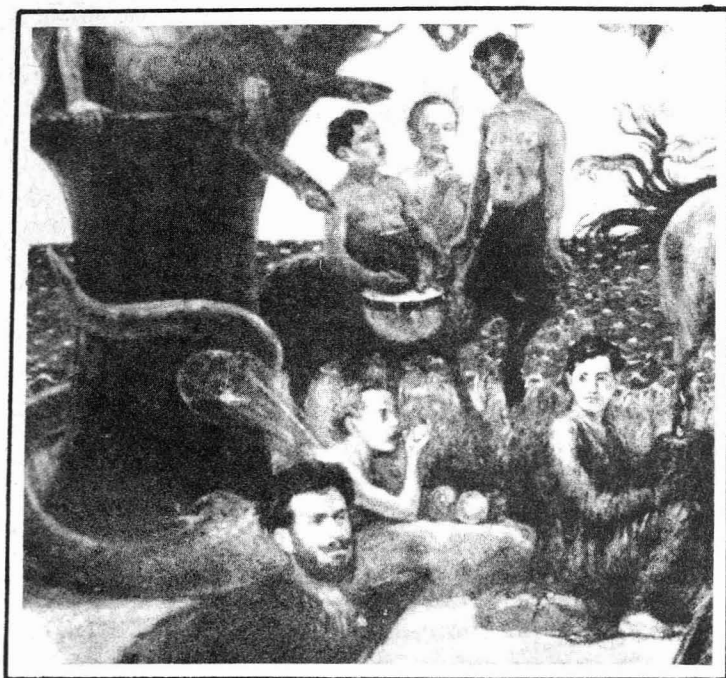
Los ideales de un mundo transformado en conciencia, de una república astral, de un México presidido por pedagogías idílicas y cuasiroussonianas, de una vida sencilla y amorosa son vías hacia el Ideal de Nervo; un Ideal espiritualista que rozará el panteísmo para convertirse en la lección versificada de los últimos poemas de intención budista.

V

Se ha dicho repetidas veces que Amado Nervo estuvo obsesionado por la muerte, como obsesionados por la muerte estuvieron los románticos, los simbolistas y este Miguel de Unamuno que tanta influencia soterrada tiene en la obra de Nervo. Como en Unamuno, la obsesión por la muerte es en Nervo deseo e impaciencia de inmortalidad. El poeta quiere darse pruebas a sí mismo de la inmortalidad del alma. Doble y complementario Ideal: el de un hombre de espíritu inmortal; el de un Dios que es el centro de los múltiples, infinitos “radios” que hacia El convergen.

Desde sus primeros poemas, escritos en la adolescencia, Nervo da muestras de su “enfermedad mortal”, de su preocupación por la muerte. Años más tarde. Tello Téllez, el personaje inventado por Nervo, cuya semejanza con el Juan de Mairena de Machado no se ha hecho notar suficientemente, canta un himno a la muerte que recuerda a los románticos y que Nervo comenta, es verdad, con cierta ironía. Cantor de la muerte y de este su reflejo que es el *taedium vitae*, el poeta quiere y cree ser inmortal. Una vez, con argumentos más sentimentales que lógicos, afirma que a medida que envejecemos y decae nuestro cuerpo, sentimos más la permanencia del alma. Pero, sobre todo, Nervo trata de procurar y procurarse argumentos de orden espiritual, acaso originados en el espiritismo que tanto le atrajo, acaso reminiscencias de Platón. En





ciertos momentos, la vida y la muerte se presentan como las dos caras de la misma moneda: "La muerte no existe. Es una ilusión. . . La muerte y la vida no son más que dos fases, dos formas de una vida superior que hay en cada uno de nosotros, independiente de este flujo y reflujo de los nacimientos y las agonías" (*La naturaleza*). En otras ocasiones, utilizando argumentos que provienen de recientes descubrimientos científicos, especialmente en micro-física, se pregunta Nervo: "¿Qué más da que seamos invisibles, si lo hemos sido en realidad siempre, si estamos formados de cosas invisibles?" (*Los muertos*). Subsiste el alma, —tal es la esperanza que Nervo llama "consoladora"—. ¿En qué consiste esta alma que subsiste?

Los hombres participan en la conciencia y la conciencia de que habla Nervo es tanto la conciencia del mundo como la conciencia divina. Siempre creyó Amado Nervo —y ello nuevamente lo acerca a los platónicos y a los románticos— que el poeta —es decir, el hombre en su más plenaria realización— es un ser inspirado. El poeta ignora lo que dice porque las palabras que utiliza provienen del inconsciente. El saber del poeta es una forma del no saber. Dice Nervo: "Claro es que la parte inconsciente varía en cada escritor; pero en los poetas está en proporción directa del numen" (*De lo inconsciente en la creación literaria*). Pero este no saber es una forma de la visión —de la videncia— que se quiere mística: "Decir poeta místico es redundancia. ¿Cómo puede haber un poeta que no sea místico, que comprendiendo el Divino Amor como él es sólo capaz de comprenderlo no se lance con ímpetu irresistible hacia Dios?" (*Pensando*). Y es que el poeta, y todos los hombres en cuanto son poetas, realizan la divinidad, ya sea porque el hombre esté inspirado por Dios ("El hombre es conductor de la divinidad", *Pensando*) ya sea porque en el alma del hombre se refleja la divinidad en términos que recuerdan las vivencias católicas de Nervo: "Ser poeta es una predestinación; es realizar a Dios en el alma; es convertirse en templo del Espíritu Santo" (*Revisión de valores*).

En suma: el poeta, ser escogido, persigue el Ideal y realiza el Ideal más allá de la transitoriedad de la vida. Este "más allá", este Ideal se llama ahora: Dios.

VI

Difícil precisar la noción y la experiencia de la divinidad en Amado Nervo. Difícil porque Nervo parece oscilar entre el concepto de una divinidad de origen cristiano, una divinidad surgida de los conceptos científicos y una idea de la divinidad acaso panteísta-budista.

Un sentido muy frecuente de la palabra Dios en la obra de Nervo es el que arraiga en el cristianismo. Cuando prevé el fin de la guerra mundial, Nervo espera que la humanidad vuelva, sin



dogmatismo, a la enseñanza de los Evangelios; la persona de Cristo —y de los santos cristianos, especialmente San Francisco— aparecen muy frecuentemente invocados en su prosa y su verso. También dentro de la tradición cristiana se refiere Nervo al “Dios escondido”, el *Deus absconditus* de la Teología Mística. Y en palabras nuevas, aun cuando muy ligadas a la teología clásica —y sobre todo la del Pseudo-Dionisio— Nervo llama a Dios el “sublime desconocido”, frase en la cual la palabra “sublime” indica la *vía atributiva* y la palabra “desconocido” la *vía negativa*. En efecto, Dios, Ideal y centro del pensamiento y la poesía de Amado Nervo, es muy frecuentemente el Dios trascendente del cristianismo. Esta manera de ver y sentir a la divinidad queda muy claramente expresada en *Una obra definitiva*: “Uno de ellos —escribe Nervo—, el más grande de todos, el que llegó ya en vida a la identidad con el Ideal Supremo, era carpintero, y os aseguro que, antes de predicar su doctrina sublime, ¡fabricaba las mejores sillas y las mejores mesas de Nazareth!...” Así se identifican el Ideal, el Salvador y nuevamente la más alta de las virtudes: la humildad sencilla. Más fideísta que racionalista, Nervo siente a Dios como el ser que nos entrega el amor y a cuyo conocimiento accedemos por amor.

No es siempre cristiano, sin embargo, el concepto que Nervo se hace de Dios, este Ideal objeto de todos sus ideales y todas sus voliciones. Alguna vez, en frases paradójicas que nuevamente recuerdan a Unamuno, escribe: “Si Dios no existiese, el hombre, a través de los siglos, lo habría ya creado a fuerza de pensar en él”. En cierta ocasión, imagina Nervo una nueva religión científica, forma de la religión futura. Dice: “...yo creo en la ciencia, yo adoro la ciencia, yo estoy seguro de que la futura religión del mundo será una religión científica, y que a Dios mismo le hallarán algún día por medio de la ciencia los que no le hayan encontrado muchísimo antes por medio del amor” (*Eugenesia*). ¿Resabios de positivismo? ; ¿resabios de cientifismo? Posiblemente. Pero recordemos que cuando Nervo escribe este elogio de la ciencia está precisamente criticando a las ciencias de su tiempo; notemos también que en su misma frase lo primordial sigue siendo el orden del amor, no el orden de la razón.

Más complejo es el problema del panteísmo de Amado Nervo. ¿Hasta qué punto fue panteísta? Antes de poder responder a la pregunta es necesario entenderse a propósito de la palabra panteísmo.

Si por panteísmo se entiende —como lo entendía J. Toland—, aquel género de metafísica que reduce Dios y Naturaleza en una misma sustancia —al modo de Spinoza— Nervo no fue panteísta. Pero la palabra panteísmo puede también designar las diversas doctrinas de origen neoplatónico, emanentistas y eminentemente espiritualistas. En este segundo sentido del término, Nervo se aproxima mucho a ser panteísta. Más aún cuando recordamos que

la tradición neoplatónica se repite en las formas de espiritualidad hermética nunca del todo ajenas al pensar y al sentir de Nervo.

Escribe Nervo en *Fray Ejemplo*: “El entusiasmo nos enciende el alma, los ojos y la cara y, la cara por lo menos, mientras del Ideal hablamos, estamos fundidos en místico abrazo con el Ideal”. Este “místico abrazo” aparece en una de las prosas de la última época cuando Nervo concibe el universo entero como unidad de orden espiritual. En *La fuente*, una de sus prosas más reveladoras —y hermosas— Nervo —conscientemente o no— recurre a metáforas neoplatónicas: “Imaginaos a Dios como una fuente: una inmensa, una cristalina, una apacible fuente en que se copia todo lo creado. Sólo que en realidad, la copia... está afuera. La realidad es lo que creemos imagen, lo que está dentro de la fuente, lo que parece temblar es su espejo. Lo de fuera, lo que vemos que se copia, es el universo; la ilusión”. Hasta aquí, Nervo interpreta el mundo con resonancias plotinianas. Pero cuando unas líneas más adelante interpreta a Jorge Manrique y comenta los versos célebres (“Nuestras vidas son los ríos / que van a dar a la mar / que es el morir”), escribe: “Sólo que este mar no es el morir precisamente; este *Mar* es Dios, de donde venimos y adonde volvemos. El retorno se llama Muerte para los hombres”.

En pocos textos es Nervo tan explícito, tan claro como en éste. La realidad, la única realidad, es la realidad divina; nuestro mundo es apenas una copia, apenas una imagen de la divinidad. Morir es vivir, puesto que la vida que vivimos es irreal y solamente es real el



espíritu (el Mar, el Ideal, Dios), al cual regresamos después de lo que se llama la muerte. La vocación mística de Nervo es aquí clara. No lo es menos el espiritualismo ni lo es menos el monismo, ambos verdadera trama de su hermoso poema *Hermana agua*.

Se ha interpretado *Hermana agua* como poema panteísta; se ha visto en él una transposición religiosa de las ideas científicas de la época. En ambas interpretaciones hay mucho de verdad. Pero lo que es esencial en *Hermana agua* es que en el poema —como en la prosa de *La fuente*—, Nervo viene a mostrar y demostrar su espiritualismo.

Hermana agua es el poema de las transformaciones: el poema del agua que corre bajo la tierra, del agua que corre sobre la tierra, de la nieve, el hielo, el granizo, el vapor (“alma del agua”), la bruma (“ensueño del agua”), del agua multiforme. Variable el poema, variable el mundo; pero también permanente en sus mutaciones. Por eso cuando inicia su estrofa sobre la nieve, dice Nervo: “Yo soy la movediza perenne”. Es decir, el agua, la hermana agua, que lleva a Dios, es a la vez una forma de bendecir y una manera varia de concebir a Dios. Lo más probable es que Nervo, al escribir *Hermana agua* pensara en Dios como en el Ser trascendente. Por esto el canto del agua es una oración —no una petición— dirigida a Dios, de la misma manera que Nervo habrá de rezar sin pedir —ahora resignadamente— cuando escriba *La amada inmóvil*.

Pero el agua, sea fuente, sea camino hacia la fuente, es sustancia espiritual: es alma que se transforma y cambia para dirigirse siempre a un mismo Ideal: el Ideal de la visión mística. Una vez más, el pensamiento de Amado Nervo —pensamiento esencialmente poético— es de orden espiritual y espiritualista.

Más duro, más conceptual, más distante, más hermético (¿hasta qué punto alcanzado y no más bien simplemente dicho?) es el Ideal budista o budista-cristiano de los últimos años de Nervo. Ya Alfonso Reyes había observado que las tendencias estoicas del poeta conducían fácilmente a un género de contemplación que, a falta de mejor palabra, podemos llamar budista. Así, en *El estanque de los lotos*:

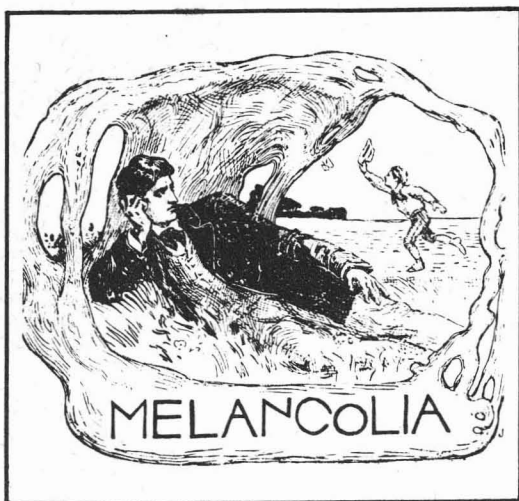
El que sabe que es uno con Dios, logra el Nirvana;
un Nirvana en que toda tiniebla se ilumina;
vertiginoso ensanche de la conciencia humana
en el Tiempo.

El poeta del sentimiento que fue Nervo se ha vuelto un poeta de apariencia intelectualista. Lo ha visto claramente Manuel Durán cuando, al referirse precisamente a estos versos comenta: “Nos hallamos frente a un caso singular, extremo, de ‘prosa filosófica rimada’: en rigor las frases se suceden para ‘declarar’ una proposición metafísica, no para aclararla, explicarla o animarla con la



emoción lírica de la verdadera poesía” (*Genio y figura de Amado Nervo*). El comentario es exacto. Nervo ya no evoca, ya no invoca: enuncia y describe y para hacerlo emplea palabras en mayúscula que parecen letreros más que transparencias, anuncios más que visiones. Se tiene la impresión de que ahora Nervo está más lejos de la visión religiosa que en los textos emotivos de sus primeras épocas. La intención de Nervo es la misma en una u otra época: encontrar una realidad absoluta —aquí proclamada cristianamente Dios y, en forma budista, Nirvana— opuesta a nuestra realidad meramente aparental. Sólo la realidad divina (ahora acaso despersonalizada) da sentido a la vida.

¿Visión mística? A ella se acercan los textos de *Hermana agua*, de *La fuente*. Los poemas de la última época parecen muchas veces querer decir una visión que acaso no se ha sentido. Escribía Alfonso Reyes: “Está a punto de llegar al éxtasis. Mas, como en Plotino, el alma retrocede espantada, en el propio instante en que toca la esfera superior” (*Tránsito de Amado Nervo*).



El Ideal de Nervo puede traducirse en sus ideales utópicos, en sus conceptos y sentimientos acerca del alma humana, en su idea de que la vida es la trans-vida, en su visión —más tarde conceptualizada— de un mundo espiritual que lleva por nombre Dios.

Pero lo que subraya el Ideal de Nervo es mucho más un sentir que un pensar metódico; si hay en él filosofía, nace ésta del sentimiento. Esto nos dice —seguramente influido por Bergson— el Nervo de *Las dos redes* uno de los poemas más significativos de *El estanque de los lotos*. El “nauta”, echó primero la red del “análisis” y cuando miró hacia el fondo “estaba el fondo de la red vacío”; echó después la red de la intuición y encontró:

el hondo
sentir, la malla firme del instinto
el ojo misteriosamente abierto,
imperturbablemente claro y límpido,
que mira desde el fondo de las almas,
en lo más inviolado de uno mismo. . .

Este mundo “desconocido” es el que alcanza Nervo en sus mejores momentos: momentos de intuición amorosa, vocación de sencillez, instinto amante.

VII

Tal parece ser la esencia del pensamiento de Amado Nervo: la búsqueda —algunas veces esforzada búsqueda, otras auténtico en-

cuentro— del Ideal. No creo que sea otro el eje de su vivir, de su sentir, de su pensar. Y es probablemente este eje el que explica, con cierta claridad, lo que podríamos llamar “perspectivismo” de Amado Nervo. Su figura, su mundo, son múltiples; su punto de referencia, es uno. Múltiples aguas unánimes de la “hermana agua”; múltiples “radios” dirigidos a un mismo centro. Rico en humor alegre, en humor amargo, moralista a veces ripioso, otras veces extremadamente digno, artista de un arte que quiere ser arte de vivir, Amado Nervo, en su variabilidad, tiende y quiere tender hacia lo Uno, hacia el Ideal —alma, Dios, naturaleza espiritualizada— gracias al cual subsisten (¿imágenes?; ¿reflejos?) sus rostros plurales.

NOTAS

1 Véase José Emilio Pacheco: *Antología del modernismo*, Biblioteca del Estudiante Universitario, UNAM, 1970, vol II, p. 22. Este libro y sobre todo el de Manuel Durán (*Genio y figura de Amado Nervo*, EUDEBA, Buenos Aires, 1969), contribuyen poderosamente a revalorizar la obra del escritor.

2 Alfonso Reyes, *Tránsito de Amado Nervo, Obras Completas*, Fondo de Cultura Económica, México, 1958, pp. 20-30.

3 La búsqueda del “Ideal” —a veces de la “Idea”— se encuentra en Baudelaire; se encuentra, claramente, en la obra de Mallarmé. Por lo que se refiere al hermetismo sabemos que Nervo como los simbolistas franceses —trató de convertirlo en una creencia poético-religiosa. Sin embargo, en Nervo, el hermetismo es o espiritismo (“espiritualismo” lo llama el poeta) o budismo o pseudo-budismo.

